

*Estado racial y comunidad popular.
Algunas sugerencias
de la historiografía
sobre el nacionalsocialismo*

Ferran Gallego

Universidad Autónoma de Barcelona

Desde comienzos de los años setenta, cuando se publicaron monografías como las de K. D. Bracher o E. Colloti¹, hasta la marea de publicaciones inaugurada con la monumental biografía de Hitler escrita por I. Kershaw², la industria editorial española no tuvo la demanda que justificara la edición de los textos que, con muy distinta calidad, se han traducido en estos últimos cinco años. Como es sabido, la producción nacional ha continuado siendo muy escasa y, aunque los especialistas podían recurrir a los opulentos catálogos anglosajones, el acceso a la historiografía sobre el nazismo quedó lastrado por muchos factores. Entre ellos, la coincidencia entre los avances más considerables en la caracterización del nazismo, realizados desde mediados de los años setenta, y la absorción de los esfuerzos de los historiadores españoles en la reconstrucción de los años centrales del pasado siglo en nuestro país. Tal tarea obstaculizó, por una simple cuestión de asignación de recursos, una información más adecuada sobre las investigaciones actualizadas acerca del nacionalsocialismo o, en general, del fascismo europeo. Algo tanto más lamentable cuanto estos trabajos del exterior podían habernos proporcionado tentativas útiles de explicación que hoy nos resultan tan obvias para comprender nuestro propio pasado. Por ejemplo, cuáles fueron los ritmos de pérdida de base popular de la democracia de Weimar y la lenta

¹ BRACHER, K. D.: *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, 1973; COLLOTI, E.: *La Alemania nazi*, Madrid, 1972.

² KERSHAW, I.: *Hitler*, Barcelona, vol. I, 1999; vol. II, 2000.

fascistización de la sociedad, en qué consistieron los mecanismos simbólicos de exclusión creados por el nazismo, cómo pudo neutralizarse una cultura obrera muy arraigada, de qué forma se relacionó el fascismo y la racionalización industrial de los años de la primera posguerra o, para referirme a lo más reciente, cómo pueden entenderse los mecanismos de exterminio y concentración, en términos que superen su carácter punitivo y penitenciario, para articular un sistema de recursos políticos y simbólicos de exclusión, inclusión e intimidación.

No me corresponde plantear aquí algo que no nos puede resultar ajeno como proceso cultural en sí mismo, y que es este incremento de la demanda que ha permitido un esfuerzo empresarial abandonado durante treinta años. Lo innegable, más allá de cualquier interpretación, es una expansión del mercado que se asienta en muy diversos materiales —desde el cine de masas hasta la novela; desde el ensayo filosófico hasta el género biográfico o el reportaje televisivo—, estableciendo las condiciones de una verdadera constelación cultural que debería sugerirnos alguna respuesta.

Los científicos sociales no siempre tenemos en cuenta, a la hora de considerar nuestro trabajo, las formas en que la demanda social facilita su realización. Por el contrario, puede contemplarse como una interferencia poco deseable, dada su capacidad de enturbiar la investigación y difusión de conocimientos con demandas que consideramos propias del mercado y ajenas a la calidad de un producto académico. Esta presunción, sin embargo, debería considerarse de otro modo, uno que supere los temores legítimos a distorsiones, adaptaciones a prejuicios o insatisfactorias simplificaciones de procesos sociales muy complejos. Para empezar, esta ebullición de la demanda favorece nuestra labor, abriendo camino a la publicación de materiales útiles de los que nuestro mercado había prescindido. Además, existe una segunda faceta a la que sería insensato dejar de prestar la debida atención, pues corremos el riesgo de realizar nuestra labor con indiferencia del interés social que ésta genere. Para un historiador, la demanda social que justifica el esfuerzo de las editoriales o las productoras audiovisuales es, en sí mismo, un fenómeno cultural, al que podría sumarse la capacidad de presión sobre los gobiernos para que éstos se impongan rituales conmemorativos que suponen una asignación de recursos presupuestarios. En su versión económica, indica un aumento de la demanda. En su

versión cultural, debe verse como la difusión de un proceso al que nuestros contemporáneos asignan un significado no sólo en el conocimiento de lo que ocurrió *entonces*, sino en lo que se refiere a sus vidas actuales.

Cuando se ha producido una conmemoración tan difundida de la liberación de Auschwitz, que no se vio cumplida en un aniversario más convencional, como el que podía esperarse en 1995, podemos plantearnos la existencia de un verdadero «aullido cultural» que ha alcanzado una extensión abrumadora precisamente en estos diez años, adquiriendo la única forma posible, aunque pueda disgustar a algunos: el de un *consumo* de masas. Tal petición extensa tiene que corresponder a una búsqueda de indicios en el pasado, a un rastreo de acontecimientos que poseen poder significativo, de los que procede la emisión de valores, de significados, de averiguaciones sobre una época. En sí mismo, más allá de lo que suponga de ventaja para la expansión del interés social sobre el objeto de nuestro trabajo, esta condición cultural de una época tiene su propio atractivo, requiere una explicación. Puede estar, en buena medida, en la percepción asumida de un gran cambio de ciclo, en la seguridad intuitiva de haber pulsado el interruptor de la historia en algún momento de la última década del siglo *xx*, para atestiguar un fin de etapa que es más presentido que corroborado, que se experimenta culturalmente en mayor medida en que la ciencia social es capaz de transmitirlo en sus investigaciones. Una de sus expresiones es esta exigencia de participar —a través de la lectura, la radio, el cine y las múltiples formas de los rituales conmemorativos— en el recuerdo de la experiencia nazi, haciendo de la proliferación de estos acontecimientos una secuencia cultural específica, cuya lectura sólo puede llevarnos a un indicador que habría de tener sentido para nosotros: cómo se ve en el nazismo el despliegue de temas centrales del pasado siglo, sin los que éste carece de significado, dañando la representación que una sociedad necesita hacerse de sí misma, recurriendo a una tradición. Por lo demás, tales cuestiones pasan a ser pertinentes gracias a un factor que enlaza con un pasado concluido tras el fin de *esa* historia. La expansión de los movimientos nacional-populistas de extrema derecha diseña una alternativa a la democracia en el mismo momento de crisis de sistema, de su organización económica y de sus vehículos de representación política. Se trata de un momento de fragilidad e incertidumbre, del cansancio de viejas estructuras

y la irrupción de problemas inéditos capaces de crear una falta de continuidad en aspectos esenciales de la vida social, de quiebra del reconocimiento, de interrupción de estilos de vida y de prestigio público que no sincronizan con nuestros mecanismos de percepción, habituados a realidades distintas. La llegada de turbadoras formas de exclusión, de racismo, de heterofobia, de violencia y exterminio étnicos, de jerarquizaciones culturales y alusiones al choque de civilizaciones cuyas raíces se *intuyen* en la experiencia fascista más consumada. En el fondo de este repentino interés por la crisis de la democracia en los años treinta y por el nazismo, no puede haber la sedimentación de una nostalgia, sino la presunción cultural extensa de que los problemas de aquella sociedad nos resultan familiares. Lo son en su conciencia de fin de época, en su forma de experimentar una fase de modernización con fracturas culturales, en que tales rupturas propusieron imágenes gratificantes de identidad comunitaria, en que se constituyeron como proyectos políticos alternativos a la democracia representaciones tranquilizadoras de pertenencia y asimilación, dando lugar a construcciones armónicas de una sociabilidad sin conflicto que se verificaron en estrategias de identificación de los adversarios radicales, de quienes eran ajenos a la comunidad.

No creo que la oferta editorial en español haya podido compensar el largo viaje a través del silencio que hemos experimentado en este campo. Entre otras cosas, porque el valor tan apreciable de algunos textos recientes³ resulta escasamente comprensible sin situarlo en la lógica dilatada de un proceso de investigación, que se ha abierto paso a través de intensos debates poco conocidos. Textos que pueden considerarse clásicos del tema, como los que en su momento escribieron Mason, Peukert, Childers, Mommsen, Noakes, Broszat o Pridham, continúan sin traducirse, haciendo menos eficaces los libros que ahora nos llegan, que carecen de esta necesaria genealogía y la dan por supuesta⁴. La intención de este artículo está muy lejos

³ Me refiero, en especial, a la edición de libros como los de GELLATELY, R.: *No solo Hitler*, Barcelona, 2003; BURLEIGH, M.: *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Madrid, 2002, y BROWNING, C.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, 2002.

⁴ El esfuerzo de actualización de conocimientos más importante llevado a cabo en nuestro país se debe a I. Saz, que coordinó el número de la revista *Afers* dedicado a «Repensar el feixisme», en 1996. Junto al texto de Burleigh ya citado, mi trabajo *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, 2001, puede proporcionar bastantes elementos de actualización historiográfica, aunque en forma

de considerar un estado de la cuestión al uso, que precisaría de un volumen especial para realizarse con un mínimo de rigor. Me propongo sólo definir cómo han quedado fijados algunos elementos esenciales de la cartografía del nazismo: es decir, cómo se ha plasmado la centralidad de algunos temas en relación con otros que han ido perdiendo vigor, y de qué modo se expresa su carácter en la comprensión del régimen. He seleccionado aquellos temas que me parecen no sólo sustanciales, sino los que han ido desguazando algunos lugares comunes. Y, además, desearía sugerir los que resultan útiles, más que por el conocimiento específico del nazismo, para el trabajo que se va realizando acerca de nuestro propio país, estableciendo esa complicidad intelectual que se refiere a la contemporaneidad de los acontecimientos estudiados y a su mutua alimentación. Pues, a fin de cuentas, quienes trabajamos en el campo del fascismo internacional —y, en especial, del nazismo—, necesitamos de aquellos factores de la historia del fascismo español que nos permitan evitar el error que a veces hemos denunciado: aislar nuestro objeto de trabajo. Destacaré, por ello, media docena de campos en los que el avance ha sido más fructífero, deudor de textos que continúan sin ser traducidos al español, a pesar de ser verdaderos clásicos de la historia del nacionalsocialismo, y cuyas implicaciones pueden ser de mayor utilidad para los especialistas de la España que prácticamente cubre el siglo XX en su totalidad: desde los orígenes de la República hasta las cuestiones relacionadas con la transición democrática y los procesos de superación institucional y cultural del fascismo.

La organización del *sistema concentracionario* puede ser el que ha adquirido una mayor envergadura pública, sin que necesariamente corresponda esta familiaridad con una atención a la sutileza que ha ido tomando la reflexión sobre la organización del sistema. El campo de concentración no solamente *concentra personas*, sino que tiene la dudosa virtud de haber *concentrado objetivos y procedimientos* del sistema. La polisemia de la palabra debe ser resaltada por su preciosa utilidad, pues el *Lager* no es un simple lugar aislado, sino la plasmación física de una serie de relaciones indispensables para

menos explícita. En la producción reciente ayudan a cubrir ese campo el libro de ANDREASSI, A.: *Arbeit Macht Frei. El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, 2004; así como el volumen de ensayos de GALLEGO, F. (ed.): *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, 2004, con estudios del propio Andreassi, Francisco Morente, Ricardo Martín de la Guardia, Sebastien Bauer y Antoni Raja.

el funcionamiento del Tercer Reich. Una rápida enumeración nos permite ver la forma en que el estudio del sistema concentracionario emite en todas las frecuencias captables por el sistema nazi. No es un simple régimen penitenciario —aunque también tenga este carácter—, sino que constituye una pieza productiva tanto más esencial cuanto más se afirma el régimen en sus propósitos. Su aislamiento formal de la sociedad no puede reproducirse en el ostracismo de la investigación: lo que ha querido ir apuntalando la historiografía es la dependencia de la economía alemana de la producción asegurada por tales establecimientos⁵. La producción se realiza como una esclavitud que es distinta al trabajo forzoso punitivo: deriva de la condición misma de la persona que trabaja y de la *concepción del trabajo* en la sociedad alemana, que adscribe su realización en libertad sólo a los miembros de la comunidad, mientras que los individuos internos en ellos carecen de una relación social derivada del trabajo, para adquirir tan sólo una relación «natural» que deriva de su condición defectuosa, de su inferioridad racial, de su impureza. El trabajo esclavo no es un castigo, sino una verificación del valor de uso de los «asociales», una corroboración de su «extrañeza»⁶. Por ello, el «exterminio a través del trabajo» es planificado minuciosamente para hacer de tal actividad un método de liberación de la comunidad, de dominio y enriquecimiento de la *Volksgemeinschaft* que reside fuera, mientras se convierte en el proceso que va destruyendo a los internos, mostrando así su doble carácter humanizador y alienante, liberador y aniquilador⁷. La permanencia en el campo, a medida que el régimen se consolida, subraya que no se trata de la excepción de un castigo, sino de la norma de una organización social, de una atribución de funciones en un paradigma cultural. La constancia de la reclusión, acentuada a finales de la década de los treinta, indica que la esclavitud desea exhibir una condición irrevocable, que se atestigua en su propia

⁵ Por ejemplo, puede verse el trabajo de HAYES, P.: *Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1989; BARKAI, A.: *Nazi Economics. Ideology, Theory and Policy*, Oxford, 1990; BELLON, B.: *Mercedes in Peace and War*, Nueva York, 1996.

⁶ Además del trabajo ya citado del profesor Andreassi, puede examinarse ALLEN, M. T.: *The Business of Genocide. The SS, Slave Labor, and Concentration Camps*, Chapel Hill, 2000; HERBERT, U.; ORTH, K., y DIECKMANN, C. (eds.): *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur*, Frankfurt, 2002.

⁷ HERBERT, U.: *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Bonn, 1985.

prolongación. El proceso de deshumanización y la aniquilación de la esperanza de los cautivos debe fundamentarse en que sean conscientes de que su presencia en el campo no obedece a algo que pueda rectificarse, sino a una condición que no tiene escapatoria, porque establece un tipo de sociedad eficaz e inédito. En efecto, lejos de ser una brutal y caótica experiencia de arbitrariedad, se construye atendiendo al aprendizaje de la racionalización industrial de la posguerra, de acuerdo con una racionalización del espacio y del tiempo⁸ con cálculos de eficiencia productiva incluso cuando se trata de medir adecuadamente los costos de la deportación, de la repoblación de las zonas usurpadas a sus pobladores y del mismo proceso de exterminio de los sectores superfluos⁹.

Una de sus funciones más importantes será determinar la progresiva imposición de un sector de la heterogénea jerarquía del partido sobre otra: en este caso, el triunfo de las SS sobre el resto de los sectores del propio partido o del Estado, al hacer del líder máximo de la Alta Oficina de Seguridad (RSHA) el Reichsführer de las SS Herinrich Himmler, ministro del Interior. Cargo al que acumula la administración de inmensos recursos indispensables para el esfuerzo bélico: millones de trabajadores esclavos, el monopolio de los mecanismos de represión y la visibilidad de las acciones excluyentes, realizadas en los campos, en los guetos, en los traslados y la vigilancia social, a las que se añadirá el control de las oficinas de clasificación y determinación de internamiento y la consideración de las medidas médicas que, en una sociedad racial, adquieren una importancia decisiva¹⁰. Su existencia se utiliza como mecanismo de persuasión y de cohesión, en la medida en que su realidad física, su visibilidad o su conocimiento construyen un recinto amenazador contra la disi-

⁸ SOFSKY, W.: *Die Ordnung des Terrors. Das Konzentrationslager*, Frankfurt, 1993.

⁹ ALY, G., y HEIM, S.: *Architects of Annihilation. Auschwitz and the logic of the Final Solution*, Londres, 2002 (edición alemana de 1991).

¹⁰ BREITMAN, R.: *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1992. Los mejores estudios sobre el sistema de seguridad nazi y la evolución de su poder en la estructura del Estado son los de BROWDER, G.: *Foundations of Nazi Police State. The formation of SIPO and SD*, Lexington, 1990; íd.: *Hitler's Enforcers. The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*. Oxford, 1996; GELLATELY, R.: «The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy, 1933-1945», en PAUL, G., y MALLMANN, K.-M. (eds.): *Die Gestapo. Mythos und Realität*, Primus Verlag, 2003. El tema de la poliarquía nazi fue estudiado en los ensayos reunidos por HIRSCHFELD, G., y KETTENACKER, L. (eds.): *Der Führerstaat. Mythos und Realität*, Stuttgart, 1980.

dencia y de corroboración de la pertenencia a la comunidad de los sectores que son estimulados a participar en la marcha del régimen, al identificar su libertad personal—tan relativa en una sociedad nazi— con el hecho de no ser uno de los internos. Puede decirse, por tanto, que la aproximación al campo de concentración supone abrir prácticamente todos los aspectos en que consiste la experiencia nazi: desde la contabilidad hasta la estética; desde la lucha política por el poder dentro del régimen hasta la delimitación de la comunidad popular. Ello permite estudiarlo como un microcosmos y, al mismo tiempo, como parte integral del sistema, de una forma dinámica que, lejos de congelar la imagen del exterminio, la conduzca a un proceso histórico concreto, en el que adquieren posibilidad de realización y significado como sujeto de consumación del proyecto nazi en su versión más radical.

El mecanismo concentracionario alemán sólo es comprensible—más allá de su banal apariencia penitenciaria— con una adecuada captación del concepto de proyecto utópico de comunidad racial. Los estudios más sutiles de sociología electoral y propaganda del nazismo han indicado que éste no pudo construir su ascenso al poder sobre la base del antisemitismo, pues el alcance de esta posición ideológica no determinaba la especificidad del partido: había antisemitas fuera del partido, la gradación del prejuicio era muy diversa y, además, la captación de la mayor parte de la militancia y de los electores no se realizaba *fundamentalmente* por ello. El tema es especialmente delicado y de apariencia contradictoria. Ya se ha indicado que el campo de concentración pasa a ser el aspecto nuclear que permite la supervivencia del nazismo, y la política de persecución culminó en el exterminio judío haciendo uso, precisamente, de los campos de exterminio y de los guetos. La historiografía de los últimos veinte años ha señalado que la única forma de atravesar esta cortina de obstáculos lógicos empieza por superar la vieja escisión entre funcionalistas e intencionalistas, especialmente en lo que afecta a la *Endlösung* o «Solución Final». Se trata de hallar un camino que, más que establecer mutuas concesiones de cada escuela, considere abrir un camino distinto¹¹. El que me parece más fructífero es el

¹¹ Véanse los trabajos reunidos, justamente con este propósito de superar la polémica, en el libro de BARTOV, O.: *The Holocaust. Origins, Implementation, Aftermath*, Nueva York, 2000; en especial, los capítulos de FRIEDLÄNDER, S.: «The extermination of the European Jews in historiography: fifty years later» (pp. 79-91); de ALY, G.:

que define el proyecto racial en otros términos, que acaban incrementando la relación del mismo con la modernización de la sociedad alemana, en lugar de hacerlo con la tenacidad de un arcaísmo que surge en momentos de debilidad cultural. El racismo nazi es una expresión concreta del biologismo político que empieza a tramarse en los últimos decenios del siglo XIX. Lleva a sus consecuencias más radicales la comprensión y la terapia del «problema social», diagnosticándolo y tratándolo de acuerdo con una versión de la delincuencia, de la ineficacia, de la disidencia y la conflictividad que los convierte en conductas relacionadas con defectos genéticos. Y edifica una concepción de las conductas que se observa a través de un criterio de normalidad «objetivo», que se desprende de la naturaleza en la misma medida en que procede de una acción voluntaria sobre sus efectos, como corresponde a una sociedad que quiere ser leal a leyes deterministas, pero desea interpretarlas interviniendo en la auténtica realización de ese impulso natural, eliminando los obstáculos sociales que las ideologías humanistas han levantado¹².

Tal posición procede del eugenismo pesimista contemporáneo, compartido por sectores muy amplios de la comunidad científica y que, por diversas causas, halló en la cultura alemana de entreguerras una especial receptividad a tales recursos de interpretación y gestión social¹³. Los elementos que favorecieron tal expansión se refieren a los efectos psicológicos de la derrota, a la difusión del pesimismo cultural vinculado a ella, a los criterios de regeneración que procedían de este mismo episodio, a las graves fracturas sociales sufridas durante

«The planning intelligentsia and the Final Solution» (pp. 92-105), y de GERLACH, C.: «The Wannsee Conference, the fate of German Jews, and Hitler's decision in principle to exterminate all European Jews» (pp. 106-161).

¹² BURLEIGH, M.: *Death and Deliverance. «Euthanasia» in Germany, 1900-1945*, Cambridge, 1945; íd.: *Ethics and Extermination. Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge, 1997; BURLEIGH, M., y WIPPERMANN, W.: *The Racial State. Germany, 1933-1945*, Cambridge, 1991.

¹³ FRIEDLANDER, H.: *The Origins of Nazi Genocide. From «Euthanasia» to the Final Solution*, Chapel Hill, 1995; WEISS, S.: *Race Hygiene and National Efficiency. The Eugenics of Wilhelm Schallmayer*, Berkeley, 1987; KATER, M.: *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, 1989; WEIDLING, P.: *Health, Race and German Politics Between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, 1989; PEUKERT, D.: «The Genesis of the Final Solution from the Spirit of Science», en CHILDERS, T., y CAPLAN, J. (eds.): *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 234-252; BOCK, G.: *Zwangssterilisation in Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, 1986.

la República de Weimar y la lectura de las mismas realizadas a través de un nuevo nacionalismo que buscaba su verificación en un paradigma científico moderno¹⁴. El mito de la *Volksgemeinschaft* procedió a compensar tales circunstancias mediante una propuesta utópica de regeneración nacional y unanimidad comunitaria, que se basaba en la naturalidad y progresismo de los factores de depuración certificados por la ciencia. Tal mito acogedor fue completado con su inversión, la creación del arquetipo del «ajeno a la comunidad», del *Gemeinschaftsfremde*, fabricando los elementos de exclusión como garantía constante de la inclusión de los individuos «sanos»¹⁵. Tales criterios de exclusión actúan sobre la base de un principio aséptico y flexible. Si hay un principio de separación radical, que se refiere a los enfermos incurables, hay una zona móvil que depende de una salud *expresada* a través de la conducta social, de la obediencia, de la lealtad a los *Volksgenossen*. Este recurso de exclusión sólo puede comprenderse en su consistencia inclusiva, al proporcionar a quienes desean ingresar en el recinto utópico de la *Volksgemeinschaft* dos factores de corroboración: los métodos empleados para apartar a quienes son *Gemeinschaftsfremde*, que llevan a la esterilización, al aborto obligatorio, al internamiento en los campos de trabajo, a la reclusión en guetos, a la deportación o al exterminio; y la verificación de que, en la medida en que no se sufre ninguna de esas circunstancias, se pertenece aún a la comunidad, aunque tal privilegio puede perderse mediante un cambio de actitud. De haberse tratado de un mecanismo rígido, el régimen no habría podido utilizarlo de una forma dinámica, amenazadora, al fijar las posiciones desde un principio definitivamente. Necesitaba de esa posibilidad de «exilio social», determinado por las propias autoridades, para que los mecanismos de pertenencia y exclusión siguieran templando la actividad social y sometiénola a una constante tensión, sea en sus aspectos de colaboración entusiasta, sea en los de su parálisis amedrentada.

¹⁴ PEUKERT, D.: *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*, Frankfurt, 1987.

¹⁵ PEUKERT, D.: *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Londres, 1989; KOONZ, C.: *The Nazi Conscience*, Cambridge, Mass., 2003; FREI, N.: *Der Führersaat. Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945*, Múnich, 1987; HARTLEYB, J.: *Pour une sociologie du nazisme*, París, 2002; AYÇOBERRY, P.: *La société allemande sous le Troisième Reich, 1933-1945*, París, 1998; BOOKER, P.: *The faces of Fraternalism. Nazi Germany, Fascist Italy and Imperial Japan*, Oxford, 1991.

Establecer esa sustancia de una comunidad racial no supone desdenar el antisemitismo. Por el contrario, indica su actualización, al proporcionarle un lugar nuevo que permite el tránsito de un prejuicio a un reducto específico, en un ámbito que lee una realidad compleja mediante mecanismos simplificadores y dualistas. El antisemitismo desempeña una función de condensación ideológica en la medida en que se refiere a una *abstracción*, a *lo* judío más que a los judíos en concreto¹⁶. Es un arquetipo que sirve para atraer todos los factores que invierten la personalidad del ser humano superior. Ciertamente, tal nivel de abstracción pasa a concretarse en una persecución real, adecuada a un ritmo de necesidades políticas precisas, necesitando de esa dinámica de actuación antisemita para movilizar a la sociedad contra un enemigo esencial, contra una amenaza contra la supervivencia de la comunidad. Mientras unos sectores de la sociedad son conducidos a la categoría de «asociales» por su conducta, los judíos lo serán por una condición inseparable de su persona. El universo racial se completa mediante estas dos piezas que actúan, simultáneamente, mediante la modernización de un viejo prejuicio y a través de la llegada de un nuevo criterio de clasificación. El antisemitismo pasa a ser un recurso de control y propaganda no episódico, sino permanente, en la medida en que forma parte de una posición racista más amplia en la que modifica su propia condición. Las autoridades pueden así establecer un objetivo hostil al que la comunidad debe responder mediante la solidaridad entre sus miembros y la lealtad al régimen que emana de ella. Pero también pueden poner orden para canalizar la acción desde la base, apareciendo con el prestigio de un poder moderador que convierte una simple agitación —preocupante para los sectores menos proclives a las acciones espontáneas— en un complicado engranaje burocrático. No es extraño que a cada movilización siga la interrupción decidida desde el poder y una respuesta positiva a las demandas populares, pero que debe someterse a un minucioso registro, que muestra a amigos y enemigos del régimen, a militantes y sectores neutros, el absoluto control social existente. Esta contemplación del antisemitismo, como parte de un paradigma cultural racial y el mecanismo más útil para organizar simultáneamente la movilización y la exhibición del dominio social,

¹⁶ BROWNING, C.: *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy. September 1939-march 1942*, Lincoln, 2004.

ha permitido comprender un *proceso* que va acentuando la marginación al ritmo que requiere la consolidación del régimen¹⁷. Cuando se produzca la ocupación de territorios en la Europa Oriental, todos los elementos del proyecto racial podrán reunirse en una dinámica que conducirá al exterminio: la mezcla de judíos *de raza y religión*; su correspondencia con el arquetipo creado por la propaganda nazi; su carácter de *Untermenschen* eslavos, cuya inferioridad se demuestra en la abrumadora velocidad de la victoria; la existencia de núcleos de población infectada por ideas consideradas fruto de la degeneración; el escenario de una masacre generalizada como la guerra, que prepara las condiciones de «banalización» del genocidio.

Esta caracterización del proyecto racial lleva al análisis de la concentración y el exterminio en sus dos acepciones, plenamente vinculadas a la relación entre antisemitismo y la imagen de la comunidad. Los trabajos realizados por O. Bartov, U. Herbert o G. Aly, sobre todo, nos conducen a la comprensión de la guerra en el frente oriental como un conflicto racial, continuación lógica del proyecto racial *interno* que ha servido para organizar la sociedad alemana en la etapa previa a la invasión de Polonia y, sobre todo, la de la Unión Soviética. En la medida en que la guerra adquiere ese sentido de relación con el proyecto de sociedad propuesto por los nazis, deja de ser un episodio para convertirse en escenario de la plena realización de su horizonte utópico. Por un lado, ofrece los mecanismos de cohesión social de todo esfuerzo unánime frente a la amenaza exterior. Interpreta esta amenaza como un ejercicio de segmentos raciales que pueden determinar el fin de la civilización. Generaliza la violencia, convirtiendo las masacres en una parte especial de la misma, ocultada, acompañada y legitimada por la gran matanza operada a partir de 1941. Proporciona mano de obra esclava en ingentes cantidades, espacios de repoblación para los alemanes desplazados tras la Gran Guerra y la urgencia y ocasión para llevar a cabo la liquidación de los «ajenos». Ofrece, además, empleo para profesionales cuyo adies-

¹⁷ BURRIN, P.: *Hitler et les juifs. Genèse d'un Genocide*, París, 1989; BAUER, Y.: *Jewish for sale? Nazi-Jewish negotiations, 1933-1945*, New Haven, 1994; BARKAI, A.: *From Boycott to Annihilation. The Economic Struggle of German Jews, 1933-1943*; WALK, J.: *Das Sonderrecht für Juden in NS-Staat*, Heidelberg, 1996; GEISEL, E., y BRODER, H. (eds.): *Premiere und Proqram. Der Jüdische Kulturbund, 1933-1941*, Berlín, 1992; BANKIER, D.: *The Germans and the Final Solution. Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992; GRAML, H.: *Antisemitism in the Third Reich*, Oxford, 1992; GORDON, S.: *Hitler, the Germans and the «Jewish Question»*, Princeton, 1984.

tramiento técnico será indispensable para llevarlo a cabo: demógrafos, químicos, ingenieros, antropólogos, economistas, médicos, etc., así como oferta de mercancías y mano de obra para las empresas, que se acompaña de la demanda de los productos necesarios para llevar a cabo las operaciones. Al contrario de lo que se había pensado, los miembros de los *Einsatzgruppe* son un personal de alta cualificación universitaria, formados en las ideas geopolíticas y biológicas del Tercer Reich. De igual forma, no sólo los miembros de las SS, sino que los propios soldados de la *Wehrmacht* se sienten inclinados a aceptar un trato brutal a los prisioneros o la población civil, actitud que deriva, más que de la obediencia ciega a sus superiores, de su aceptación de las condiciones infrahumanas de sus oponentes tras un prolongado proceso de socialización escolar y propaganda. En este sentido, la referencia a una «economía política del exterminio» resulta comprensible en términos mucho más ambiciosos que la simple racionalización industrial de las fábricas de la muerte¹⁸.

El proyecto racial determinó los ejes fundamentales de organización y destino de esta sociedad porque se alimentaba en un paradigma que iba mucho más allá de los campos. La organización racial del trabajo ha pasado a relacionarse con la modernización de la producción industrial alemana en condiciones de una «comunidad de productores» inspirada en la ingeniería de organización de empresas, cuyos textos son profusamente editados desde la Gran Guerra. Tales formulaciones de una *Betriebsgemeinschaft* o «comunidad de fábrica» se presentan como solución a un marco conflictivo, como reconciliación en las tareas productivas. Se exige una especial atención a la salud de los trabajadores, la organización rigurosa de su eficacia, la compensación a su entusiasmo productivo y la tutela de su ocio, para evitar cualquier actividad que pueda ser «degenerativa». La

¹⁸ HERBERT, U. (ed.): *Nationalsozialistische Vernichtungspolitik, 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen*, Frankfurt, 1998; FORSTER, J.: «The relation between Operation Barbarossa as an ideological war of extermination and the Final Solution», en CESARANI, D.: *The Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, 1994, pp. 85-102; STREIT, C.: «Wehrmacht, Einsatzgruppen, Soviet POWs and anti-Bolshevism in the emergence of the final solution», en *op. cit.*, pp. 103-118; BARTOV, O.: *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Londres, 2003; *id.*, *Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991; SEIT, C.: *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1945*, Stuttgart, 1978; GERLACH, C.: *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999.

neutralización complementaria de la clase obrera se realizará en términos poco sofisticados pero muy eficaces: el riesgo de una condena a ser *Gemeinschaftsfremde*, con todas sus consecuencias, en caso de una resistencia abierta que exprese una deformación. Pero, al tiempo, la calidez inclusiva de un discurso dirigido a los *Volksgenossen* obreros, columna vertebral de la comunidad, camaradas de un proyecto igualitario, siempre requeridos a integrarse mediante una pervisión de sus propias tradiciones culturales de clase, referidas al valor del trabajo, a su masculinidad, a la fuerza corporal que exige la manipulación de las máquinas, a la solidaridad de grupo. Lo que hace el nazismo es romper un ámbito de sociabilidad, pero a condición de construir otro que lo supera, estableciendo en un lugar distinto la línea de demarcación que siempre se necesita para detectar quién ha dejado de pertenecer a la comunidad. En la medida en que el esfuerzo se compensaba con la victoria sobre el desempleo, los factores simbólicos de recuperación de la ciudadanía fueron alimentados por la indispensable restauración de la condición de trabajador en activo, que se acompañaba de una autoestima derivada de la cultura obrera socialdemócrata y comunista¹⁹.

El Estado racial fue una *forma* —en su sentido más literal de factor visible, carnal, vinculado al aspecto y la conducta— de organizar la represión y el consenso como mecanismos complementarios que aseguraran la permanencia del régimen. La radicalidad de sus criterios y consecuencias nos permiten hablar del nazismo como consumación del proyecto fascista europeo, algo que se relaciona con la receptividad de la sociedad alemana a la difusión del biologismo político, en espe-

¹⁹ MASON, T.: «Zur Entstehung des Gesetzes zur Ordnung der nationalen Arbeit vom 20. Januar 1934. Ein Versuch über das Verhältnis "archaischer" und "moderner" Momente in der neuesten deutschen Geschichte», en MOMMSEN, H., et al.: *Industriellen System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1974, pp. 322-351; id.: *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the «national Community»*, Oxford, 1993; LÜDTKE, A.: «The Honour of Labor. Industrial Workers and the Power of Symbols under national Socialism», en CREW, D.: *Nazism and German Society*, Londres, 1994, pp. 76-109; ZOLLITSCH, W.: *Arbeiter zwischen Weltwirtschaftskrise und Nationalsozialismus. Ein Beitrag zur Sozialgeschichte des Jahre 1928-1936*, Göttingen, 1990; SIEGEL, T.: «Whatever was the Attitude of German Workers? Reflections on Recent Interpretations», en BESSEL, R. (ed.): *Fascist Italy and Nazi Germany. Comparisons and Contrasts*, Cambridge, 1996, pp. 61-77; SIEGEL, T.: *Leistung und Lohn in der nationalsozialistischen «Ordnung der Arbeit»*, Opladen, 1989; FRIEMERT, C.: *Produktionsästhetik im Faschismus. Der Amt «Schönheit der Arbeit» von 1933 bis 1939*, München, 1980.

cial entre la elite, y la capacidad de difundirlo una vez en el poder, con los poderosos mecanismos de propaganda y socialización ideológica indirecta del régimen: las escuelas y las universidades. Por tanto, todos los elementos del ritual de pertenencia a la comunidad adquieren las maneras de una adscripción física que crea arquetipos corporales como un recurso estético fiel a la consigna de la identificación entre utilidad social, belleza y potencia que podemos observar en las orientaciones artísticas nazis. Junto a ellas, la tarea de comprender la labor del régimen como una purificación avanza en dos sentidos que podrían parecerse contradictorios y que han podido desorientar a los estudiosos: por una parte, esta labor higiénica se realiza en los términos más futuristas, vinculados a las actividades deportivas, a la velocidad, a la destreza productiva, a la pericia en el manejo de máquinas complicadas, al avance de la ciencia y a su inmediata relación con su función comunitaria²⁰. Por otro lado, la purificación se realiza como una nostalgia rural, constantes rituales festivos relacionados con las estaciones, atención a la cultura popular sostenida en las pequeñas poblaciones ajenas a la contaminación urbana. De hecho, como en tantos aspectos de un sistema tan heterogéneo, que debe satisfacer inquietudes contrarias, el nazismo posee «momentos» arcaicos y modernos en el seno del mismo proyecto, aunque los primeros pasan a ser dominantes, siendo los aspectos nostálgicos mucho más un factor ritual, lingüístico, útil para simbolizar la vida eterna del Ser Comunitario que para ponerse a disposición de una nueva sociedad, cuya racionalización se ha iniciado en la Gran Guerra²¹. Con todo, estos recursos simbólicos no son meros ornamentos, sino que tienen la potencia de una función integradora, evitando que la modernización pueda proceder como lo hizo la experimentada por Alemania en los años de Weimar, es decir, dando la impresión de desarraigo a sus ciudadanos por cambios veloces e incontrolables que construían un mundo poco reconocible. Es importante que, en ese proceso de fusión comunitaria en la empresa, el concepto mismo de sindicato desaparezca, para ser sustituido por

²⁰ REICHEL, P.: *La fascination du nazisme*, París, 1993.

²¹ CORNI, G.: *Hitler and the peasants*, Nueva York, 1990; LIXFELD, H.: *Folklore and Fascism. The Reich Institute for German Volkskunde*, Bloomington, 1994; CONTE, E., y ESSNER, C.: *La Quête de la race. Une anthropologie du nazisme*, París, 1995. El tema de la modernización ha sido tratado por la polémica biografía de Hitler a cargo de ZITELMANN, R.: *Hitler. Selbverständnis eines Revolutionärs*, Múnich, 1998.

un Frente de Trabajadores al que nunca se encomendarán labores propias del sindicalismo en otros modelos fascistas. En este sentido, el nazismo consuma la superación de las clases y su conversión en criterios de distinción racial que no admiten matizaciones sociales potencialmente conflictivas al margen del naturalismo. La pérdida del poder de Robert Ley en el proceso productivo no puede entenderse como una derrota del fascismo obrerista y «social», sino como la plena inserción en la lógica de un proyecto que no va a actuar con esos instrumentos para organizar la vida comunitaria²².

Tales mecanismos de control social, en el juego binario de inclusión y exclusión, se realizan con la llegada al poder, para asegurar su permanencia. Pero la duración del régimen no puede detenerse en sus éxitos económicos, en su persuasión ideológica o en la eficacia represiva que posee. Resulta también de la forma en que ha llegado a constituirse, del largo camino a través de una sociedad democrática como la de Weimar. No creo que nos hayamos librado de la fascinación que aún ejercen los resultados electorales del NSDAP, tan desconcertantes en sus bruscas oscilaciones, y tan proclives a una explicación simplificada con la crisis de 1929. Sin embargo, su mejor analista ha advertido de la necesidad de bucear en actitudes sociales que explican el voto de una forma distinta a como nos ha resultado más cómodo hacerlo, es decir, reduciéndolo a una brusca conversión social provocada por la Depresión²³. Incluso potenciándose a través de ella, los estudios más prometedores son los que han ido a captar la existencia de un ámbito «populista» antidemocrático, una multitud de espacios de sociabilidad que van siendo lentamente confiscados por los nazis, que van tramando zonas autónomas de indiferencia política, pero de fuertes sentimientos de enlace social. El vigor del régimen nacionalsocialista es ilegible sin una tarea que el nazismo fue capaz de llevar a cabo, en buena medida porque no tenía competidores en este campo. El nazismo no era sólo un partido político: se veía a sí mismo y fue siendo percibido como un movimiento social y nacional, sintetizador de experiencias locales diversas, capaz

²² KRATZENBERG, V.: *Arbeiter auf dem Weg zu Hitler? Die Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation*, Frankfurt, 1989.

²³ CHILDERS, T.: *The Nazi voter. The social foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983; *id.*: «Interest and Ideology. Anti-system Politics in the Era of Stabilization 1924-1928», en FELDMAN, G., y MÜLLER-LÜCKNER, E. (eds.): *Die Nachwirkungigen der Inflation auf die deutsche Geschichte 1924-1933*, Múnich, 1985, pp. 1-20.

de darles un sentido que no era partidista, sino transversal; que no era político en su sentido parlamentario, sino de fusión de las diversas manifestaciones sociales que fueron deslizándose a lo largo de casi una década, hasta que los resultados electorales reflejaron algo mucho más demoledor: la ocupación de la sociedad por un movimiento que era identificado como la configuración de la comunidad, como su expresión unánime, como su auténtica exhalación, adquiriendo la prestancia de una inversión del sistema democrático en crisis. Un recipiente altamente significativo, en el que sectores heterogéneos, que debían su descontento a diversos y a veces contradictorios factores, pudieron dar el mismo nombre a sus muy diversas esperanzas. Lejos de una «conquista del poder» en sus términos más celebrados, se trató de una contaminación de la sociedad, de una impregnación de valores dotados de un referente nacional²⁴.

Naturalmente, tal heterogeneidad condujo a la imposibilidad de que el régimen fuera uniforme, sin bastarle la línea de alta tensión que electrificaba la distancia entre los *Volksgenossen* y los *Gemeinschaftsfremde*. Tal heterogeneidad había de inducir un determinado papel del *Führer* como encarnación distanciada de la comunidad, que precisaba la abolición del Estado nacional tal y como podían entenderlo los fascistas italianos, para construir una relación simbólicamente apreciable entre comunidad y líder, pero realmente interceptada por una trama de entidades contradictorias, destinadas a conceder la impresión de pluralidad que siempre pusiera a salvo el régimen en su conjunto. De esta forma, el reparto feudal del poder era sólo uno de los aspectos de la poliarquía nazi: tan importante como éste era que cada sector de la sociedad se sintiera verificado en parte en alguna zona del poder, al tiempo que su oposición a otros sectores tenía que compensarse siempre por la función condensadora de Hitler y la misión fusionista del mito de la *Volksgemeinschaft*²⁵. Para que esto se produjera, esta sociedad debía contemplar tal realidad, sentirla y vivirla cotidiana-

²⁴ FRITZSCHE, P.: *Rehearsals for Fascism. Populism and Political Mobilization in Weimar Germany*, Oxford, 1990; id.: «Presidential victory and popular festivity in Weimar Germany. Hindenburg's 1925 election», en *Central European History*, núm. 23 (1990), pp. 205-224. He planteado esta cuestión en «Del *Stammtisch* a la *Volksgemeinschaft*. Sobre el lugar del nazismo en la Alemania de Weimar», en *Historia Social*, núm. 34 (1999), pp. 73-100.

²⁵ CAPLAN, J.: *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988; DELPLA, F.: *Hitler*, París, 1999; KERSHAW, I.: *El mito de Hitler*, Barcelona, 2004.

mente. Había de tener la impresión de un proyecto, y no sólo el de una realidad, aunque ello implicara la permanente violencia contra los excluidos y la búsqueda de una gran aventura bélica.

Estas cuestiones, tan brevemente enunciadas, pueden servir para acompañar la nueva irrupción de textos sobre el nacionalsocialismo que han llegado al mercado español, situando sus propuestas en la reflexión realizada durante un largo tiempo sin que se haya podido acceder, en nuestro idioma, al debate europeo sobre el tema. Al haberme centrado en aquellos aspectos que plantearon mayores rupturas con lo aceptado usualmente sobre seis aspectos básicos que han visto modificar sustancialmente las apreciaciones de que se disponía en los últimos diez años —el sistema concentracionario, la modernización del racismo, la función del antisemitismo, la guerra de exterminio, la neutralización obrera, el mito de la Comunidad Popular y la conquista de la sociedad como factor previo a la conquista del poder— no he agotado la existencia de otras muchas cuestiones abiertas aún —elementos como la socialización juvenil, la función «pública» de la mujer, las formas múltiples de disidencia, por poner sólo tres ejemplos relevantes—. Sin embargo, espero haber proporcionado sugerencias que nos ayuden, más que a conocer los rasgos específicos del nazismo, a poner las bases de una normalización del estudio del fascismo europeo en su conjunto, cuando la historiografía española empieza a avanzar por caminos paralelos que, a diferencia de lo que dicen que ocurre en la más vieja geometría, están destinados a encontrarse.